



SUMARIO

Moret en Zaragoza. Mister Williams, cronista.—RAMÓN PÉREZ DE AYALA.
Los septentrionales: Los pintores finlandeses en París.—FABIÁN VIDAL.
Comentarios: El deber.—MANUEL ABRIL.
Nuestros concursos.
CRÓNICA DEL EXTRANJERO: Política Internacional.—Entrevista de Potsdam.—José MARRÍA DE ALARCÓN.—China.—Rusia.—Estados Unidos.—India inglesa.—Australia.—Cuba.
El automóvil en los ejércitos: (Enseñanza de las últimas maniobras).—JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN.
Guía del lector: «Fuente Ovejuna».—BERNARDO G. CANDAMO.
La apertura de Tannhauser.—MANUEL MANRIQUE DE LARA.
POR LAS PROVINCIAS: La provincia de Madrid.—Los ferrocarriles levantinos.
Crónica social.—ADOLFO POSADA.
Crónica del teatro La seriedad del «Español».—LUIS BELLO.
Bibliografía: Libros españoles.—R. S. Información política.
Crónica judicial: Miniaturas procesales.—La Universidad frente a Chamberí.—ATHOS.
Ciencias e Industrias: Corporaciones científicas.—Estudios de Revistas.—Patentes de invención.—ANGEL CANGA ARGUELLES.
Vida económica y financiera.—El trigo y el pan.—Secciones para el capitalista; Informaciones económicas, americanas, de provincias y extranjeras y de propietarios.
Bolsas y cotizaciones.

MORET EN ZARAGOZA

Al tratar del último acto realizado por el Sr. Moret en Zaragoza, queremos, como nunca, estar inspirados en una absoluta imparcialidad. Si efectivamente se ha conseguido la unión de las izquierdas, que sin distinción de matices se anunciaba, en un solo esfuerzo para realizar el ideal liberal, aplaudiremos sin tasa y con todo entusiasmo; si solo se ha tratado de producir un efecto, lamentaremos un nuevo fracaso.

Es D. Segismundo Moret, además de ilustre caudillo del partido liberal, indiscutible campeón de la oratoria. Tiene un talento superior, por todos reconocido; cultura incomparable; simpatías atrayentes, que hacen le quieran cuantos cruzan una vez la palabra con su augusta persona; pero carece de la energía necesaria para contrarrestar los efectos de la disculpable ambición de muchos de sus admiradores, quienes le arrastran hacia el poder en el torrente de sus deseos.

En el grandilocuente discurso de Zaragoza se advierte la fatiga que domina al jefe del partido liberal; se adviene en él un espíritu noblemente democrático; se ve claramente un buen deseo, y se vislumbra un escepticismo mayor que el atribuido por él a esta juventud que no es fogosa porque carece del calor que había de prestarla un hombre que no encuentra, un ideal que, con todo género de prestigiosos entusiasmos, la llevase a luchar en pos de un triunfo más ó menos lejano, pero no por ello menos cierto.

Estas son las razones de que el elemento joven, que no tiene como único fin la consecución de destinos, actas ó cualquiera otras prebendas, no sienta ardores por unir sus lozanas fuerzas á una nueva representación de nuestra desacreditada comedia política.

Acaso resultemos pesados ante nuestros lectores repitiendo con insistencia los mismos argumentos. Sirvanos de atenuante el no descubrir nada nuevo en las declaraciones de nuestros personajes políticos.

Afirma el Sr. Moret en su discurso que lo dicho por él «no es un programa; es una orientación. El programa se hace en visperas del poder».

Estimamos que la orientación en política es un término muy vago, que dice convence; se precisa un pro-

grama, fruto de estudio muy meditado, capaz de satisfacer las aspiraciones de nuestra gran masa liberal, pues la conservadora se encuentra satisfecha con la gestión de quien la encamina. Todo lo dicho demuestra que vivimos en el país de la paradoja, pues mientras el Sr. Maura, con su ley de Administración local, trata de transformar en bien ó en mal la vida de España, el Sr. Moret se conforma con tocar al consabido registro de la cuestión religiosa, hablando de conquistas ya hechas, puesto que están traducidas á la legislación vigente.

Y este importante aspecto de su oración, merece párrafo aparte.

Dice el Sr. Moret:

«Aspiramos á establecer la secularización de todas las funciones sociales, no para hacerlas contrarias á la influencia ó á la intervención religiosa, sino para que sus efectos civiles sean independientes de ellas, de suerte que el que no quiera ó no crea, no sufra presión alguna en el matrimonio, en la inscripción, en el nacimiento ó en el enterramiento.» (Ovación estruendosa y prolongada.)

Francamente, si en esta valiente afirmación se condensan las aspiraciones del partido liberal, no se habrá conseguido nada nuevo en el orden de las conquistas de la libertad.

Hoy, á nadie se le pregunta en el Registro civil cuál es la religión de los padres del recién nacido, el que quiere se casa civilmente y las defunciones se inscriben en el mencionado Registro sin importarle al juez las creencias del difunto.

En este punto, el partido liberal debe ir más lejos: debe procurar la reforma de la Constitución en su artículo 11, para garantizar la libertad de cultos, evitando la anticuada teoría de que el Estado tenga religión, cuando, como órgano de derecho, sólo debe procurar que los unos respeten las creencias de los otros, para que no se presencie el espectáculo á que da lugar el costoso monopolio que católicamente ejerce el Estado fabricando obispos desde el ministerio de Gracia y Justicia.

La religión católica se impondrá por su propia eficacia, como se impone en otros países; y hasta que ese momento llegue, no hay derecho á hablar más que de una conveniente reforma legislativa, prescindiendo de la llamada cuestión religiosa, máxime cuando se trata de un pueblo que, como el nuestro, por su incultura, es fanático, tanto para creer como para ser descreído.

Fíjense, los que con laudable propósito tratan de iniciar un movimiento en sentido liberal, que en su programa reformista debe consignarse en lugar preferente los medios de nutrir el cerebro y el estómago del pueblo; que deben resolver el problema económico y el de nuestra cultura; después tendrán terreno abonado para acometer toda clase de problemas.

De no seguir este camino, por mucho que se enaltezcan, la opinión sensata desconfiará, cansada de oír oraciones en que todo es vaga y amena literatura.

Si estas observaciones, aparentemente pesimistas, respecto á ese simpático movimiento liberal son desmentidas por hechos en los cuales se cumpla lo ofrecido y augurado por el Sr. Moret, repetimos que con todo entusiasmo uniremos nuestro modesto aplauso al que seguramente le tributará toda España.

Y para terminar, sin que parezca consejo, nos permitimos solicitar de esa fuerza que nace en la reunión de Zaragoza, conclusiones concretas, que sirvan de credo á todo aquel que haya hecho ó haga profesión de fe liberal y democrática.

MISTER WILLIAMS, CRONISTA

Mr. Williams, una dulce mañana de las postrimerías del verano, tomó el tren, camino de Dover; una nueva jor-

nada sentimental. Venía á España, al extraordinario país del cual es en Inglaterra especialista el comandante Martín Hume, como lo es de las enfermedades del hígado un doctor Pigtail, mi amigo. Mr. Williams venía, comisionado por el Colegio de Lincoln, Oxford, á las solemnidades académicas del tercer centenario de la Universidad de Oviedo. Nada de extraño sería que Mr. Williams, según se acercaba á esta bendita tierra, ensalzada por Borrow, sintiera un ligero reconcomio en el diafragma. Salvada ya la frontera franco-española, abominó Mr. Williams de la lentitud y sordidez de los trenes ibéricos? Lo ignoramos. Sería menester un «novum organum», una segunda y supersagaz pupila que leyera en el pecho hermético del profesor de Lincoln. Hélo aquí, á la postre, desembarcando en el andén de la estación ovetense. Es alto, extremadamente alto; cenefo, extremadamente cenefo; adusto, extremadamente adusto. De que pone el pie en la losa, un conspicuo pedagogo de los nuestros, atraído por las evidentísimas trazas científicas que resplandecen en la persona de Mr. Williams, se precipita á su encuentro, lo estruja, le arrebató de la mano un maletín de alfombra que el inglés asía vehementemente. Mr. Williams está encantado. ¡Oh, bello país pintoresco! ¿Cómo iba él á imaginar que los pickpockets (rateros) maniobraran con tanto garbo y aplomo? ¡Charming!

A poco—tremenda decepción—dase cuenta de que no hay tal ratero, sino un colega efusivo y poliglota. Y digo poliglota, porque el citado pedagogo habíase tomado el trabajo de estudiar de memoria el saludo en porción de lenguas vivas y algunas muertas. Y así, cara á cara del incógnito y macilento profesor, el maletín en la diestra y una austera sonrisa en los labios, el español rompe á hablar.

—¿Comment allez vous?

Inmutabilidad, rigidez, silencio de Mr. Williams.

—How do you do?

Inmutabilidad, rigidez, silencio de Mr. Williams.

Luego, en alemán, en italiano, en portugués, en latín... ¡Sabe Dios con qué acentillo! Y siempre, inmutabilidad, rigidez, silencio de Mr. Williams. Nuestro profesor estaba aniquilado. No sonreía ya. Un silencio abrumador pesaba sobre su testa. Hasta que Mr. Williams, en correcto castellano, le habló concisa y gravemente.

Mr. Williams paseó varios días por Oviedo su magreda enigmática. Cuantos intentaban extraerle algún vocablo del buche, sentíanse algo en ridículo ante su fingido continente. Las gentes que andaban en el jollín de los festos rezongaban, entre dientes por los corrillos. ¿Por qué no habla Mr. Williams? ¿Por qué no habla, siendo así que todas las mañanas engulle siete desayunos? ¿Será un silenciario, como los monjes del monte Atos? ¿Se reirá de nosotros?

Y Mr. Williams iba de un lado á otro, embozado en la toga cenicienta de un silencio inquebrantable. Le traían y llevaban del coro al caño y del caño al coro, de la Catedral al Casino, y del Casino al claustro. Pero él no desplegaba los labios. Cierta día vióse cercado por un buen golpe de estudiantes, quienes, tarjeta postal en ristre, le rogaban que escribiera algo. Mr. Williams, con absoluta solemnidad, trazó en latín esta sentencia de la Instituta: «Los preceptos del Derecho romano son éstos: vivir honestamente; no dañar á los otros; dar á cada cual lo suyo.» Y devolvió la tarjeta, sin decir palabra.

Y Mr. Williams se fué como había venido, sin dejar oír el timbre de su voz, si no es en aquel primero y sucinto saludo castellano.

¿Es que Mr. Williams tiene ojos y no ve, oídos y no oye?

Mr. Williams retorna á Oxford, requiere la pluma, unas cuartillas y en

la primera de ellas escribe con grandes letras: «Oviedo». Luego, burla burlando, burlando todo el tiempo, compone breve reseña de su estancia en Oviedo y la envía á la revista de la Universidad de Oxford, en la cual apareció en el número correspondiente al jueves 29 de Octubre de 1908.

Mr. Williams es implacable. Su burla tiene la saña de Jwift y es aceda como la de Carlyle. Ya que nos despreciáis, Mr. Williams, ¿por qué no nos despreciáis con ternura, como el abate Coignard despreciaba al género humano? Cuando leísteis vuestro mensaje en latín, los que os escuchaban, claustro y público, casi sin excepción, permanecieron boquiabiertos y atónitos, no sabiendo si aquello que oían era congolés ó bosquimano. Certísimo. (Convenid de paso en que vuestra parodia latina es bastante bárbara.) Pero, ¿era eso razón para que escribiérais: «el formulismo latino de los mensajes de Oxford y Cambridge, hicieron paupérrima impresión, junto á los fervidos discursos en español y francés de otros delegados, feroz estupidez espantablemente accionada»? ¿Qué necesidad teníais, Mr. Williams, de comunicar al público que la asignación anual de nuestra biblioteca es de 100 pesetas? ¿Qué, de copiar el menú del banquete, como lo único importante? ¿Qué, de mofaros de nuestros manjares, del ajo y del aceite? ¿Qué trabajo os costaba, Mr. Williams, asegurar á todos los vientos que Oviedo es Atenas y que sus maestros son Platones?

¡Ah, Mr. Williams, en puridad no nos habéis dicho nada nuevo; pero sí algo que de puro sabido estábamos á punto de olvidar!

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

LOS SEPTENTRIONALES

LOS PINTORES FINLANDESES EN PARÍS

La moderna pintura finlandesa es muy poco conocida en Europa. Durante muchos años careció de personalidad, y, no obstante las dos Exposiciones de Bellas Artes que en Helsingfors celebrábase anualmente, arrastró vida lánguida, y sus cultivadores se limitaron á copiar á los maestros italianos y franceses.

Sin embargo, ya han pasado los tiempos tristes en que Ganivet, después de visitar un Salón de Otoño, escribía: «La impresión que se recibe es semejante á la que produce un niño cacoquímio y arrugado como un viejo. Hay cuadros que se quieren salir de la sala para irse á los países de donde proceden; y no hay extravagancia de la moda que no tenga su representación.»

No obstante, aun en estos días de prueba para el arte finlandés, destacábanse, de la turbamulta de embañadores y embañadoras de lienzos—en Finlandia son muchas las señoritas que pintan—dos nombres que después sancionó la crítica europea. Alberto Edelfet y Gallen-Kallela, premiados luego en París con medallas de oro, ofrecían á la juventud el ejemplo de una victoria conseguida á despecho del medio adverso.

Edelfet, que, inspirado en la tradición del poeta Runeberg, siente profundamente el amor por el pasado, revelóse con las ilustraciones de los poemas de éste. Las del Kung Fjalar elevaronle sobre todos los pintores finlandeses de su tiempo. Sólo Gallen, de quien hablaré en seguida, hizo sombra á su gloria.

Comenzó Edelfet guiando con inteligencia el modo de la escuela flamenca. Luego dejóse influir por el realismo, y sus últimas obras suscitaban apasionadas críticas.

En Francia se le conoce principalmente como retratista. La primera obra suya que admiraron los aficionados parisenses, fué un retrato del doctor Pasteur hecho concienzudamente, con una solidez y seguridad que le valieron numerosos y entusiastas elogios. Un retrato del doctor Roux, que pintó después, fué también encomiadísimo.

En el Museo de Luxemburgo figura un bello cuadro de este pintor, al que muchos consideran como jefe de la escuela pictórica de Finlandia. Es el «Servicio divino en la costa nylandesa».

Edelfet, á pesar de todo, no es finlandés de corazón. Dominado por la influen-

cia sueca, sus cuadros de historia desdeñan las oscuras acciones de los viejos héroes de Finlandia, é inmortalizan las leyendas de los paladines de la antigua Suecia.

En cambio, Axel Gallen, impetuoso, inquieto, revolucionario, siente la tradición nacional con toda su fuerza, y procura enaltecerla con sus obras. Para sus cuadros de empeño, inspiróse en el ciclo del Kalevala, gigantesca epopeya de los hombres del Norte, llena de mitos, de combates extraños, de contiendas entre dioses. Las legendarias figuras de Wae-naemoein, de Aino, de Loulu, de los héroes kalevas, que fueron á la conquista del país de la dicha, son representadas en sus lienzos con un vigor, que habla á los finlandeses de una patria antigua y heroica.

Un crítico ilustre ha dicho que el «Lemminkäinen Tuonehassa», es lo más elevado é importante, debido hasta hoy á un pintor finlandés.

Gallen, como casi todos los artistas del Gran Ducado, peca por exceso de intelectualismo. En todas sus obras expresa ó trata de expresar un pensamiento filosófico.

Por ejemplo, su «Conceptio artis», es la representación exacta de lo que en su opinión, debe ser el arte puro. Un hombre desnudo, vigoroso, de recia musculatura, se abalanza de espaldas, las manos contrahidas como garras, sobre una quimera envuelta en una nube, que surge de un campo verde y triste, donde unas cuantas flores rojas son como manchas de sangre.

En 1900, Finlandia tuvo su pabellón en la calle de las Naciones de aquella célebre Exposición Universal. Los frescos que decoraban techos y muros, eran obra de Gallen.

Los discípulos de los dos grandes maestros, los Enekl, los Halonen los Jaerneelt, los Sjoestrom, los Thome, exponen ahora, en el Salón de Otoño de París, sus más queridas obras. Son ilustraciones del Kalevala y de otros poemas nacionales, bocetos de grandes frescos para iglesias y mausoleos, cuadros de costumbres, paisajes y retratos. Todos estos artistas son jóvenes. Han ido á París con miedo, declarando que el arte finlandés carece de tradiciones plásticas, y que está naciendo ahora. El público y la crítica les han acogido favorablemente.

★

Estos pintores nuevos no merecen los anatemas y desprecios de Ganiwet, copiados más arriba. Siguiendo el ejemplo de Alberto Edelfet y de Axel Gallen, trabajan para que sus obras representen la Finlandia, tal como es ella, con su pobreza, su austeridad y su desamparo.

La aman así y quieren magnificarla con su arte. Runeberg, el poeta y cuentista, dijo hace tiempo: «Nuestro país es pobre. De fijo lo desdeñará el extranjero que lo visite; pero nosotros lo amamos así, con el murmullo melancólico de sus selvas sombrías, sus noches estrelladas, sus claros días de verano.»

Los jóvenes piensan como él. Por eso, en sus lienzos, aparecen los mercados de Helsinfor, Viborg, las aldeas de pescadores, las viejas casas de las playas, ante las cuales se secan las redes, los silenciosos cementerios, donde la nieve cubre los sepulcros...

Y sus paisajes son graves y apacibles. Cielos grises y bajos, lagos de agua oscura, donde flotan carambanos, árboles sin hojas, parecidos á esqueletos que salieran de la tierra dura y hosca.

También, en esos cuadros, han recogido la leve sonrisa del verano finlandés. Y son arroyos que saltan por entre márgenes floridas, y lagos que espejean al sol triste de Escandinavia, y golfos de aguas intensamente azules, y flores de oro y carmín, que se marchitarán á la primera borrasca.

Ese pueblo finlandés, serio y paciente, de energía lenta, de carácter meditativo y grave, está bellamente representado en los lienzos de los pintores que ahora exponen en París, y que han ido á la gran metrópoli francesa para participar del movimiento del arte europeo, sometiendo su obra al juicio universal.

Ya tienen pintura propia los finlandeses. Surge al conjuero de las agitaciones por la libertad, de la calentura reformista. El gran sacudimiento de hace tres años, movilizó legiones de artistas jóvenes, y todos ellos, olvidándose de la influencia sueca, y no queriendo sufrir la rusa, se refugian en la tradición de los héroes kalevas, buscando en ella, como Gallen, la inspiración necesaria para emancipar sus espíritus.

FABIÁN VIDAL

COMENTARIOS

El deber

No sé si esta cultura española cuyos vagidos se advierten logrará arraigo y madurez; puede que todo sea un espejismo de mi esperanza. Pero bien puede notarse que de poco, muy poco tiempo á hoy, los escritos de unas cuantas inteligencias de valor se eslabonan hasta formar una serie de estudios sobre el mismo

asunto fundamental. Es un espectáculo que llena de estímulo y regocijo, el ver cómo la juventud bien orientada de don José Ortega Gasset, suspirando por labor de cultura general, ha encontrado cálida simpatía en los corazones de buena fe y en los cerebros claros. Así, por ejemplo: Unamuno pronuncia unos discursos en Bilbao, y los glosa el dicho Ortega Gasset, continuando una serie de artículos anteriores, todo ellos repletos de idea asimilable; repícale «Azorin»; zanja entonces Benavente con síntesis de buen sentido; y queda pendiente una sustanciosa controversia entre el glosador y Maeztu.

De este modo, la lectura de las hojas periódicas ofrece una serie de engranados estudios sobre materias primas, una cátedra abierta, donde se van añadiendo, perfeccionando, corrigiendo las partículas de metal puro que en toda disertación suelta van irremediablemente mezcladas con mucho de irreflexivo, de momentáneo, de inaclorado. El peligro de que el pueblo inatento pueda achacar estas controversias á discusiones de comadre, en que nadie se entiende, no debe retraer ni evitar estas discusiones amables y corteses. Son cosas inevitables, que se corregirán sólo repitiendo una y otra vez, hasta que se persuadan, que estas discusiones no son polémicas periodísticas, ni dimes y diretes de escuelas opuestas, sino tanteos inherentes á todo buen método científico, observaciones mutuas de hombres que caminan al mismo fin alentados por la misma nobleza de entusiasmo; enemigos científicamente, todo lo más, que lo son sólo —y provisionalmente— para acrecentarse en su saber y encontrar en unas y otras fuerzas divergentes la resultante de verdad que rara vez formula un solo individuo, y menos de primera intención, sin que le ayuden opiniones ajenas, discrepantes casi siempre y opuestas á veces.

Y así, el leer lo que otros dicen, con razón ó sin ella, promueve una saludable actividad del pensamiento, y comentarlo aquí equivale á tratar asuntos de importancia.

Por eso yo quiero hablar de la cuestión principal que ha surgido de estas discusiones: la del Deber, la de la virtud ética. Se trata de saber cómo la moralidad social podría transmitirse de los sujetos á los pueblos «con tal influjo poderoso, que hiciera buenas una mitad siquiera de sus individuos». Estas palabras de Ortega y Gasset concretan aquellas otras suyas que proclamaban el imperativo categórico como inmejorable navaja de afeitar vicios, metáfora que «Azorin» no comprendía, por más de ser clarísima. Y, en efecto, si arraigase el Deber en los seres, arrancaría de las almas la suciedad, tan fácilmente, como la navaja rasura el exceso de barba.

Pero es lo grave que no sabemos cómo emplear el instrumento; si el tal imperativo categórico se dejara sentir con imperio y categóricamente, no tendríamos que pensar en cómo imponerlo; el imperativo categórico, casi siempre manda—si lo hace—tan débilmente, que no le obedecemos; es una voz como otras tantas voces de lo alto, que no existían hasta que las atendimos, y dejaron de existir en cuanto dejamos de atenderlas.

Y, sin embargo, es necesario un Deber, un sostén, algo que haga al hombre tener su sensibilidad abierta á las penas del mundo y su energía dispuesta incluso al sacrificio para extinguir esas desgracias.

Esto es duro; encoge el ánimo al que no sienta, por nobleza orgánica, la generosidad. Estamos en las circunstancias más meritorias, en el terrible momento inmenso de decirnos.

«Yo voy á perfeccionar mi vista para distinguir todos los males del mundo; voy á perfeccionarme en la cruel y punzante tortura del conocer, de tal modo que, siendo el mundo como es, y estando como se halla, por donde quiera que extienda la vista veré que existe una desgracia, un lamentable espectáculo. Todo dolor de posible cura ó alivio me encontrará dispuesto á sufrir por él y á combatirlo.»

Y así, nos herirá el pobre que nos pida limosna—si es honrado, por su pobreza injusta; si es un vago, por lo mismo; y además por la vergüenza de no tener alguna higiene espiritual que no haga canallas miserables, almas de mendigo—, y nos herirá el triste niño escrofuloso, el adolescente, que sueña esperanzas influido por la fiebre tuberculosa... el enfermo, en fin; y en otros mil órdenes, el pequeño comerciante, ó el labrador, que ignoran hasta qué punto, sin una peseta más, prosperarían sus industrias con tal ó cual método, con tal régimen de política, de Arancel, de lo que sea... Y tantos otros. ¿A qué especificar, si son más de siete las espadas que se clavan en los corazones que sufren por el prójimo y, sean unas u otras, siempre á causa: **ignorancia**?

»Pero no es esto sólo; nosotros, que habremos de encontrar un sufrimiento á cada paso, habremos también de reir más de una vez ó enseñar más de una belleza al día, para que nuestro sueño sea tranquilo y pueda nuestro espíritu resistir los menesteres crueles y eficaces de la práctica con serenidad y—hasta cierto punto—insensiblemente. Porque esa clase de hombres ejemplares que

es nuestra norma, por más que tenga una gota de sangre para cada infortunio, se impone el deber de llorar poco, lo necesario nada más para conmover otros corazones y aliviar algo el propio; tienen la queja lacrimosa como algo indigno, pues para compensar el sentido triste de la vida es necesario propagar y descubrir todo lo risueño, fuerte y confortador que hay en la tierra, pero no añadir á las tristezas reales el lamento imaginativo.

»Esto ha de conseguirse á fuerza de trabajo pesado, lento, incansable; habremos de ser—sabiendo que no hay premio—tan abnegados como los que lo son por el interés de la recompensa futura; serlo con fe, habiendo muerto para nosotros toda clase de fe, y persuadidos, por supuesto, de que seremos mirados con desprecio, compasión y burla por la mayoría de los analfabetos adinerados y de la clase media mediocre.»

Yo anhelo ser de estos, y pido al cielo un imperativo que me fortalezca siempre ese ideal. Pero yo, siendo así—me parece que no pueden ser sospechosos los que ponen la mira á tal altura—confieso que maldeciría de ese camino si me lo impulsaran en nombre del seco, del odioso, del antipático Deber.

No se trata de variar el ideal, ni se trata de discrepancias en la teoría; se trata de la eficacia práctica. La norma está ya indicada; pero no basta decir: «Esto es lo bueno, esta es la nobleza.» El problema está en hacer buenos y nobles. Y eso no se logra imponiéndoles el deber de serlo, porque son muchos ya los que tienen por hueca tal palabra. Desde pequeños, al aprender á escribir, copiamos en las planas sentencias muy sensatas y muy monas que nos fijan nuestro deber; y, en efecto, cuando mayores, conservamos una cordial antipatía á la moral, bien de Hernando, bien de Iturzaeta, con más ó menos letra redondilla. Maeztu dice: «No derecho al sufragio, no derecho á la verdad; lo que les hace falta á los hombres, es deber de la verdad y del sufragio.» Y yo grito mil veces: ¡Ni derecho, ni deber! ¡Amor al sufragio, amor á la verdad! ¡Amor, amor, amor! No decidme cuando esté rendido que tengo el deber de correr; pero enseñadme algo que inflame mi corazón ó sonría á mi alma, ¡veréis cómo corro y olvido la fatiga!

Los consejos del deber son palabras de dómine; lo que necesita el idealista ferviente es cálida simpatía por sus ideales; convicción de que en ellos está la dicha para todos, incluso para él; romántico entusiasmo por la vida futura de su ideal; visión lejana y dulce, como las colinas azules.

«Tened tanto amor por las flores, que lleguéis á tener amor por el cultivo.» Así expuse mi idea en otra ocasión. O sea, tened cultura, comprensión penetrante y apasionada de la vida, hasta el punto de dar por bien empleado el sacrificio personal para mayor engrandecimiento de la tierra. El sentimiento del deber, como el del altruismo y tantos otros, nacen solos, como sola nace la flor, sin que hayan sembrado flor, sino semilla; sin que hayan cuidado la flor, sino la planta. Sembrad orientación justa de egoísmo, sembrad el camino de seducción, y florecerán espontáneamente el altruismo, el deber de caminar, etc., como rosas triunfales y espontáneas. Si queréis volver borracho á un pueblo desconocedor del vino, me parece estéril gritarle: ¡Vuestro deber es el vino! ¡En el vino está la salvación! ¡Hagamos vino! Creo más oportuno enseñar: «La vid se siembra así, se cultiva así, y así, después, se trabaja su fruto.» El vino vendrá solo.

No hablad, pues, del altruismo, ni de deber, ni de tantas otras cosas que son resultados: hablad de los medios para que maduren; prorrumpamos todos en el canto unánime de la miel. Es cosa de endulzar las perspectivas y confortar el espíritu con los relatos de ocultos manantiales. La ciencia tiene sobradas seducciones, ¿por qué ocultarlas? Unamuno dice: «Es preferible dolor y ciencia, á placer é ignorancia.» Y esto—que es verdad—deja tan fresco al ignorante y feliz. Los sabios gritan contra la menez; pero el necio que se halla bien avenido con su imbecilidad, se ríe de eso y dice: Si á mí me va bien así, ¿por qué he de cambiar de método? «Hay que librarse de la falacia de poner el fin del hombre en la felicidad terrena», agrega Unamuno, y la mayoría se ríe de eso con razón. ¿Por qué no poner el fin del hombre en la felicidad terrena? Dice como razón que la palabra felicidad es peligrosamente ambigua y una de las más funestas, pues hay quien ve la felicidad en la ignorancia. Cierzo; pero eso indica sólo que de nuestra cuenta corre el fijar su verdadera significación: él mismo se rectifica luego, diciendo que eso no es felicidad, sino modorra. Exacto: hay quien supone que la dicha está en la ignorancia, y si los sabios repiten que en la sabiduría sólo se encuentra el dolor, culpa es de los sabios la perdurabilidad del embrutecimiento. «Es preferible dolor y ciencia—dolor y cultura, diría yo; me parece más dúctil esta palabra—á placer é ignorancia»; si, pero es preferible—¡oído bien, brutos y estúpidos!—porque la ciencia es un tesoro de voluptuosidad

y embriagueces que supera á toda dicha conocida, pues hasta los dolores que causa, por ser de ella, se tornan deliciosos.

El hombre culto se permite á veces lujo de no pensar mirando indolentemente las golondrinas; pero además es su el vasto imperio del conocer, son sus las praderas del arte y ante su vista útil y comprensiva todo el espectáculo de la vida se extiende; y, además, está el bre de esa marcha de preocupaciones sociales que es el atadero de los que viven á ras del suelo.

Nuestro es, por consiguiente, lo mejor de la tierra; estamos satisfechos de ser así, y á tal punto que ni siquiera fuéramos ser mártires. Cuando os digan que el camino del sabio, del redentor, del estudioso y solitario, tiene espinas, sostened que también está lleno de rosas. Y para que no lo duden, vaya testimonio de nuestra conducta esa gran satisfacción de ser ciudadanos ideológicos del país misterioso de la cultura. En esa labor todos tienen cabida; los profesionales, con su conducta, entusiastas por su profesión; los publicistas, con sus escritos demostrativos; el profesor, con su enseñanza; el novelista, buscando por la vida las novelas de los hombres cultos, felices y triunfantes con el mismo afán que ponen en relatar las diversas variantes de vencidos... Incluso los poetas tienen su labor, que sería útil por la cálida y comunicativa, si su lirismo no estremeciese por ideales altos y firmes. Algo esperanzador se observa ya por este camino: Unamuno, Marquina, llevan hechas emoción al verso sus creencias de pensadores y sociólogos; Martínez Sierra intenta versificar las minucias de la vida diaria; Canedo emplea su rima en cantar la soledad de su cuarto de invierno, donde silencioso y tenaz se absorbe en el trabajo. Son detalles pequeños; pero bueno es que los paraísos artificiales vayan dejando paso á estos otros más humanos, más sinceros y con harta menos afectamiento artificioso. Me fijo en los poetas porque son los más culpados de inutilidad.

Este debe ser no más nuestro ideal más inmediato: hacer sentir á los otros los encantos más sutiles y nobles que nos otros gozamos. Por esto debemos repetirles, hasta que todos se enteren, y probarles, hasta que todos se convengan—aprovechando cuantos medios tengamos á mano: conversaciones, libros, periódicos, conferencias—, que tan distraído como el ajedrez es el álgebra, que la física es un verdadero tratado recreativo y que en las ciencias naturales hay tantas bellezas como en los cuentos de hadas, á tal extremo que un literato precioso, Maeterlinck, lo mismo hace prodigios con la botánica que con las princesas.

Dos resortes elevarán al hombre: uno el del saber, el de la razón: la cultura; otro, el del sentimiento, el de la voluntad: el amor. El día que los hombres se persuadan de que todo en el mundo tiene seducción, de que este valle de lágrimas puede ser también de sonrisas y bienaventuranzas; el día que los hombres sepan y amen, nadie tendrá que fijarles un rígido deber; entonces será cuando sientan categóricamente un noble imperativo.

MANUEL ABRIL.

BASES DE NUESTRO CONCURSO

Primera.—Se concederá un premio de mil pesetas al mejor trabajo que presente sobre el siguiente tema: Política arancelaria.—Medios factibles de compaginar el oportunismo conveniente á España con los principios de la ciencia económica.—Defectos de nuestro Arancel.—Su remedio.

Segunda.—Los trabajos estarán escritos en castellano, y han de ser de autor español, originales é inéditos.

Tercera.—Su extensión no excederá de cuarenta columnas de nuestro periódico.

Cuarta.—El trabajo que obtenga el premio pasará á ser propiedad de FARO.

Quinta.—El concurso queda abierto desde la publicación de estas bases, y se cerrará á las doce de la noche del 31 de Diciembre de 1908.

Sexta.—Habrá de presentarse los trabajos en la redacción de FARO, bajo sobre y con un lema, acompañando otro sobre lacrado, con el mismo lema, que contenga el nombre y domicilio del autor.

Séptima.—Los trabajos de provincias se remitirán al Director de FARO, en pliego certificado.

Octava.—Se dará á los que concurran el oportuno recibo de los pliegos presentados.

Novena.—Se constituirá un Jurado de personas de indiscutible competencia en la materia objeto del concurso. Los nombres serán publicados en uno de nuestros próximos números.

Décima.—Los autores de los trabajos premiados podrán retirarlos dentro de los quince días siguientes al de la publicación del fallo.